

por donde se colaba á su sabor el viento helado de la noche.

—¡Qué fatigado estoy, por la larga caminata de hoy!, dijo Hidalgo dejándose caer sobre el durísimo y único lecho que la hospitalidad de la anciana le había ofrecido.

—Lo mismo yo, y creo que dormiremos perfectamente, murmuró el joven acomodándose lo mejor que pudo en un viejo sillón de cuero, que la Providencia había colocado allí, poniendo su espada entre las rodillas y sus pistolas sobre una desvencijada mesa que se hallaba á su derecha.

La fatiga les rindió y cinco minutos después ambos dormían profundamente.

Fuera de la habitación silbaba el viento, trayendo esos ecos lejanos que forma el murmullo de una gran reunión de hombres, y el "alerta" medio confundido por la distancia de los centinelas.

Serían las dos de la mañana, cuando un jinete avanzó con precaución á la ventana del aposento en que reposaban Hidalgo y su ayulante de campo: se apeó sin hacer el menor ruido, dejando su caballo á algunos pasos y comenzó á andar casi á tientas, hacia la abierta ventana.

Derrepente las nubes preñadas reventaron lanzando el torrente de agua, que hacia algún tiempo las llenaba.

Primero cayeron gruesos goterones que semejaron gemidos del espacio al chocar con las hojas de los árboles; poco á poco se fueron haciendo más numerosos, y por último, el cielo abrió sus mil bocas, lanzando cataratas á la tierra.

Algunos relámpagos brillaron lejanos y fugitivos en el espacio.

El misterioso y desvelado jinete seguía acercándose á la ventana.

Un relámpago algo más prolongado que los anteriores vino á iluminarle completamente.

Cualquiera por atrevido que fuese habría retrocedido al aspecto de aquel hombre, pálido como la muerte, con su cabello rubio, armada su diestra de un horrible puñal, pendientes á su cinto dos pistolas, avanzando con paso sordo como el de una hiena y silencioso como el de un tigre, lanzando miradas siniestras y sonriéndose con una risa infernal.

Pero ya hemos dicho que los dos habitantes del pobre aposento dormían profundamente.

El hombre llegó por fin á la ventana, que sólo distaba una vara del suelo. lanzó sus chispeantes miradas al interior, como queriendo interrogar á la obscuridad, aplicó su oído y sólo percibió la respiración uniforme de un hombre dormido.

Entonces aseguró su puñal entre los

dientes y apoyó sus dos manos en el piso de la ventana, poniéndose en ella de pie completamente.

Después se fué deslizando silencioso como una serpiente hasta el piso del cuarto; pero al apoyar sus pies en él produjo un ruido.

Le pareció oír otro ruido hacia el otro extremo del cuarto.

Pero nadie se movió y lo atribuyó á su temor, así es que continuó dirigiéndose al lecho, que aunque no distinguía adivinaba sin embargo, por la respiración prolongada y uniforme de Hidalgo.

—¡Oh! está solo, completamente solo,—pensó,—y esta vez no erraré el golpe.

Y dió otro paso adelante.

Pero derrepente oyó un ruido á su lado, que bien se distinguió del triste y monótono que producía el aguacero.

Entonces se quedó parado, inmóvil como la estatua de un panteón, y conteniendo su respiración.

—No es nada; pensó al cabo de un rato de profundo silencio.

Y dió otro paso.

Pero súbitamente se sintió agarrado en la garganta por unos dedos que lo apretaban hasta ahogarlo, mientras que otra mano despedazaba su armado brazo. Vió en la obscuridad brillar cerca de sí unos ojos chispeantes y sintió sobre su rostro el soplo de un aliento,

Quiso gritar y no pudo, quiso hacer uso de sus armas, pero le fué imposible.

Por fin, la mano que apretaba su garganta, aflojó un poco, porque dió un salto terrible, y se empeñó una especie de lucha silenciosa y sorda.

Pero sintió sobre su sien el frío de una pistola y oyó una voz sorda y apagada que le dijo:

—¡Miserable! si haces un movimiento, si das un paso, si alzas una voz, te tiendo muerto á mis pies.

A esta acción y á esta voz, el desconocido dió un salto, que hizo desprender su brazo del que lo apretaba.

—¡Ah! eres tú y siempre tú el que te atraviesas en mi camino, murmuró con rabia.

Y con el brazo derecho alzado y armado del puñal y el izquierdo de una pistola, se precipitó sobre Gil Gómez.

Entonces se trabó una lucha espantosa y sorda en medio de la obscuridad.

Durante un momento sólo se oyeron los esfuerzos de ambos combatientes.

El anciano continuaba durmiendo, ignorante de lo que estaba pasando y del peligro que le amenazaba.

Por fin, después de un rato se oyó el ruido de dos cuerpos que caen sobre el suelo y la voz de Gil Gómez que dijo sordamente:

—Traidor, estás debajo de mí, y si te mueves, te vuelvo la tapa de los sesos.

El asesino quiso hacer uso de sus armas, pero éstas habían rodado al suelo en la lucha y sólo pudo golpear rabiosamente con sus puños el pecho de Gil Gómez; quiso gritar, quiso moverse; pero la mano derecha de éste apretaba su garganta hasta ahogarlo, su rodilla se apoyaba como un torno sobre su pecho, y con la mano izquierda le golpeaba con cólera la cara.

—Podría matarte como un perro, porque estás á merced de mi justo enojo; como un perro, porque has penetrado en este aposento para perpetrar un asesinato; pero quiero perdonarte esa mala vida, si me prometes salir de aquí sin hacer el menor ruido que despierte á ese anciano, si me juras no volver á atentar jamás contra la existencia de nuestro noble caudillo, dijo Gil Gómez con acento reconcentrado de cólera y desprecio.

El asesino sintió que le faltaba la respiración, sus miembros se aflojaron y exhaló de su pecho oprimido un ronquido sordo y estentoroso.

Gil Gómez le dejó entonces alguna libertad, diciendo:

—Jura, jura pronto lo que te digo, porque siento que se me va la cabeza y conozco que voy á matarte.

Derrepente el asesino, aprovechándose de la libertad que le dejaba el joven, dió un salto terrible y supremo, que lo arrojó lejos de sí; se precipitó á la ventana ligero como un rayo y antes de que Gil Gómez volviese de su sorpresa, desapareció en la obscuridad de los campos.

Fué tan brusco el movimiento y tan estruendoso el golpe del joven, que Hidalgo despertó sobresaltado, se incorporó sobre el lecho violentamente y preguntó con acento de sorpresa:

—¿Qué hay? ¿qué es lo que pasa? ¿quién va?

—Soy yo, señor, se apresuró á responder Gil Gómez, procurando ocultar la emoción que la cólera, la lucha y la sorpresa habían producido en su ánimo, con un acento de aparente tranquilidad; yo que fastidiado de tanto dormir, he tenido la imprudencia de pasearme por el cuarto y de tropezar con un mueble.

—¿Pues qué hora es?, preguntó Hidalgo.

—Faltan todavía tres horas para que amanezca.

—¿Y ya ha descansado usted suficientemente?

—Voy á volver á dormirme, porque es, en efecto, todavía muy noche, respondió Gil Gómez para tranquilizar al anciano.

Y los dos volvieron á permanecer silenciosos.

Fuera de la desmantelada habitación sólo se oía el ruido de la lluvia gemidora y el galope de un caballo que se alejaba á todo escape.

Al amanecer se puso en marcha el ejército.

Gil Gómez buscó en vano entre los oficiales al desconocido, pues éste había desaparecido.

El joven creyó en su buena fe, que la lección de la noche anterior le había sido provechosa, y que no volvería á presentarse más; pero no habló á Hidalgo una palabra de lo que había pasado.

Atravesaron un lugar inhabitado y desierto, llamado "La Punta del Espinazo del Diablo," cuando Hidalgo, llamando aparte á Gil Gómez, le dijo:

—Capitán, tengo fuertes sospechas de que las tropas de Elizondo nos vigilan y esperan caer sobre nosotros en las "Nochias de Baján," que según me dicen, es un punto demasiado ventajoso para el que lo ocupe primero.

—¿Por qué, señor?

—Porque ¿no le parece á Ud. muy extraño que no nos hayan salido á encontrar, en ningún punto del largo camino que hace algunos días atravesamos?

—Es en efecto demasiado extraño.

—¿Y el sospechoso?, preguntó Hidalgo.

—Creo que ha desistido de su traición, porque desde ayer no lo veo.

—No sé por qué me da mala espina esa desaparición.

—¿Me permite usted, señor, que vigile los lados del camino?, preguntó Gil Gómez.

—Sí; pero tome Ud. una fuerte escolta para que le acompañe, Capitán.

—No, señor, porque entonces no podré observar, y por el contrario seré visto.

—Está bien, joven, vaya Ud. solo; pero no se aleje demasiado, dijo el anciano con acento de paternal cuidado.

Gil Gómez se hizo á la derecha del camino, alejándose del ejército con lentitud, cerca de media legua.

Atravesaba un suelo árido y rocalloso, sembrado de escasas y mezquinas plantas, encajonado entre altísimas montañas.

El sol declinaba en Occidente, lanzando pálidos y dudosos rayos.

El joven lanzó su vista por toda la distancia que podía abarcar, y no observando nada que le infundiese sospechas, dejó caer la rienda de sus manos permitiendo á su caballo que anduviese al paso que desease.

El sitio, la hora, las circunstancias en que se hallaba, afectaron profundamente su ánimo y una tristeza honda y roedora se apoderó de su sér.

Tendió una mirada á su pasado, pensó en su infancia tan alegre y tan sere-

na, pasada al lado de Fernando, en sus juegos infantiles, en la hermosa aldea que hacia tanto tiempo había abandonado, y sobre todo en su honrado protector, que había sido un segundo padre para él y á quien había dejado por seguir á Fernando, á ese hermano querido, cuyo destino ignoraba.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró silenciosamente.

De repente oyó un ruido á su lado y alzó la vista, dando al cabo de un momento un salto de sorpresa.

Delante de él estaba Don Juan, el asesino de la noche anterior, el terrible amante de la terrible y hermosa Doña Regina, jinete sobre su hermoso negro caballo, mirándole y sonriendo con su risa sarcástica y siniestra.

Gil Gómez llevó maquinalmente su mano á una de sus pistolas; pero después temiendo que se calificase este acto de cobardía, la retiró de allí, mirando fijamente y en silencio á Don Juan.

—¡Buenas tardes, amiguito!, dijo éste con expresión de sangrienta ironía.

Gil Gómez no contestó.

—¿Parece que le causa á Ud. miedo el verme en este sitio tan solitario y á esta hora tan triste?

—Experimento el sentimiento de horror, que es natural á todo hombre honrado, al hallarse frente á un asesino,

respondió Gil Gómez con enérgica y orgullosa brevedad.

—Sea Ud. menos pródigo en epítetos, amigo mío, y hablemos con más sangre fría.

—Yo no soy amigo de Ud., ni tengo nada que hablar; si viene Ud. á vengarse, solos estamos y nuestros brazos pueden manejar una arma. Más ¡ah! ya había olvidado que el de Ud. sólo sabe preparar venenos ó alzar puñales para asesinar hombres dormidos.

Don Juan ni hizo algún movimiento á este discurso de Gil Gómez, y sólo dijo con una voz sosegada:

—Deje Ud., le digo, todas esas frases y esos dictados, porque tenemos que hablar algo más importante.

—No me imagino ciertamente lo que sea; pero puesto que Ud. se empeña, hablemos.

—¡Oh!, es muy breve, son dos palabras solas las que voy á decir á Ud. para acallar ese estuendo entusiasta que lo anima.

—Pues ya escucho.

Gil Gómez se cruzó de brazos, mirando con expresión de cólera contenida al pálido Don Juan, que dejó caer lentamente y sin alterarse las siguientes palabras:

—Hace tres meses he prometido á una persona la muerte del Cura Hidalgo.

—Noble promesa por cierto.

—No me interrumpa Ud., joven, porque ni es capaz de imaginarse todo lo que se puede prometer por agradar á esa persona; bástele saber que lo había prometido.

—Está bien.

—Desde el instante en que he hecho semejante juramento, me he propuesto destruir cuanto obstáculo me impidiese cumplirlo. Desde hace algunos días todo habría concluido ya; pero en donde menos esperaba he encontrado ese obstáculo.

—Ya comienzo á comprender.

—Ese obstáculo era Ud., miserable hijo del pueblo, luchando conmigo, noble de raza.

—Silencio, interrumpió colérico Gil Gómez.

—Tenga Ud. un poco de paciencia, ya vamos á acabar. Decía yo que era Ud. joven, llena la cabeza de ideas extravagantes, de fidelidad y libertad, Ud., ciego instrumento de una causa repugnante.

—¡Miserable!

—Con su constante vigilancia había logrado destruir mis mejores planes, y una tarde pensé en desembarazarme de usted.

—De una manera muy digna de todas sus cobardes acciones.

—Puesto que ya Ud. sabe cuál fué el resultado de ese negocio, no hablemos más de ello.

—No, no hablemos de esa traición, porque siento impulsos de matarle á usted sin compasión.

—Usted nunca podría matar á un hombre que no está prevenido para un duelo.

—¡Está bien, prosiga usted y diga por fin lo que desea!

—Anoche ha fallado mi última tentativa, que era por cierto muy segura; pero he sido vencido por Ud., débil criatura, yo que en mi país era uno de los duelistas más temibles.

—La nobleza de mi defensa me dió fuerzas y el terror del hombre que va á cometer un crimen, abatió las de Ud.

—¿Y creará Ud., amiguito, según la expresión de orgullo con que mira, que ha salido vencedor y que lo seguirá siendo como hasta aquí?

—Lo creo, si Dios y la libertad me dan su amparo.

—Pues va Ud. á oír cómo no ha sido así precisamente.

—¿Cómo?

—¡Oh! de una manera muy sencilla. Al ver fallar con tanta facilidad mis planes, he pensado que podía muy bien entregar al hombre cuya muerte he jurado, á manos que lo despedazarían con el mismo furor que las mías.

—Prosiga usted, prosiga.

—Me he dicho: ese Cura Hidalgo camina
Gil Gómez.—39

na acompañado de muy poca gente hacia donde se hallan las tropas españolas.

—Continúe usted.

—Si yo hiciere de manera que esas tropas le ahorrasen la mitad del camino y saliesen á sorprenderle, donde menos lo espero, me habría evitado un gran trabajo.

—¡Dios mío!

—Por consiguiente, ¿á que no adivina usted á dónde me he dirigido anoche después de lo ocurrido?

—¿A dónde?

—A hablar con el jefe español Elizondo.

—¡Miserable! acabe usted.

—De manera que esta noche ó mañana á lo más tarde.....

—¿Qué?

—Hidalgo se hallará prisionero entre sus manos.

—No, traidor, no, porque voy á matarte primero y á impedirlo después, exclamó Gil Gómez echando mano á su espada.

Pero antes que el joven pudiese ejecutar lo que acababa de decir, Don Juan, que había estado calculando á sangre fría sus movimientos, sacó violentamente una pistola, de cuya culata no había separado su mano y la disparó á boca de jarro contra su pecho.

Gil Gómez quiso aún descargar un

golpe sobre su traidor adversario; pero flaquearon sus fuerzas; llevó con expresión de dolor las manos sobre el pecho, que se tiñó en sangre, y abriendo los brazos, cayó del caballo, de cara contra el suelo.

—¡Pobres locos de veinte años! ¡pobres necios, que creáis que todo en la vida es nobleza, entusiasmo, valor!

Doña Regina, estéis satisfecha, porque mañana, será más fácil volver á la vida á un cadáver, que arrancar á Hidalgo del tribunal de Chihuahua.

Ahora, á México, á gozar todas las delicias de vuestro amor.

Y al decir estas palabras, Don Juan se alejó á galope, riéndose con una risa de Satanás.

